

Mercado de trabajo rural, migración indígena y relaciones interétnicas

Kim Sánchez Saldaña

RESUMEN

Este trabajo plantea la importancia actual de los mercados de trabajo rural en México como escenarios complejos de relaciones interétnicas, dada la creciente tendencia de las comunidades indígenas a incorporarse a diferentes flujos migratorios de trabajadores agrícolas.

El análisis de estos múltiples lugares de interacción de grupos económica, social y culturalmente diferenciados, demandan enfoques integradores que partan de reconocer el carácter multidimensional de los mercados de trabajo como espacios de encuentro de procesos diversos que condicionan las relaciones de intercambio. Para ello es necesario profundizar en contextos sociales y culturales específicos en los que se producen las relaciones de compra-venta y uso de la fuerza de trabajo de los jornaleros migrantes.

Para ilustrar esta propuesta analítica se presenta en detalle un estudio de caso sobre el sistema de intermediación laboral vinculado a la migración estacional en la cosecha de hortalizas en una región agrícola del centro de México, en el cual los intermediarios tradicionales ocupan el papel de mediadores una situación de contacto interétnico asimétrico.

Introducción

En la actualidad, parte importante de la migración indígena en México está vinculada al desarrollo y reestructuración de los mercados de trabajo rural. La distribución espacial de estos desplazamientos, el incremento de la migración familiar, la mayor participación de mujeres y niños en el trabajo asalariado están directamente relacionados con este hecho.

El mapa de esta migración jornalera se ha vuelto sumamente complejo: incluye desde flujos migratorios tradicionales de larga trayectoria –como aquellos vinculados a la zafra azucarera o al corte de café–, hasta nuevas corrientes orientadas por un sector dinámico de grandes empresas agroindustriales dedicadas a la exportación de

productos hortícolas. Dicho mapa también debería incluir la masiva incorporación de jornaleros indígenas a campos agrícolas fuera del país, en Estados Unidos y, más recientemente, en Canadá.

Este fenómeno tiene múltiples consecuencias demográficas, económicas, sociales, políticas y culturales que, sobre todo a partir de los años noventa, han sido objeto de estudio por parte de diferentes especialistas en el ámbito académico y de algunas dependencias gubernamentales¹.

El aumento en la movilidad de diferentes grupos étnicos también se ha hecho sentir en las ciudades y polos de desarrollo turístico; sin embargo, en este trabajo nos limitaremos a considerar los mercados de trabajo agrícola con presencia significativa de mano de obra indígena.

Sin duda, esta problemática constituye una faceta específica de las profundas transformaciones que están ocurriendo en la sociedad rural contemporánea. Si hubiera que hablar de una *nueva ruralidad* en países como México, la creciente y policromática migración jornalera desde regiones indígenas no podría ser ajena a este proceso. Su presencia no solo resulta de cambios sustantivos en los patrones de cultivo y sistemas agroalimentarios condicionados por fuerzas y agentes del ámbito global, sino también de aquellos cambios en sus otrora territorios tradicionales, que son resultado de diferentes procesos de índole económica, social, política y ecológica.

Algunos de éstos son producto acumulado de la relación desventajosa que la sociedad nacional ha mantenido históricamente con las minorías étnicas (Rubio, *et al.*, 2000), otros son procesos más recientes que remiten al efecto inmediato de las políticas económicas y sociales de corte neoliberal impulsadas hoy día. Su análisis exige profundizar en contextos específicos, pero en general, revelan un profundo deterioro de las bases de sustentación de la agricultura maicera de subsistencia y de las condiciones de vida de un sector importante de la población rural, así como de formas renovadas de dominación sobre las minorías étnicas del país.

Necesidad de enfoques integradores

El análisis social de las actuales tendencias de la migración indígena y su relación con la evolución de los mercados de trabajo agrícola requiere enfoques integradores. En primer término, es necesario incluir y tender puentes entre escalas *macro* y *micro* para dar cuenta de los diferentes niveles del ámbito global, nacional y local que condicionan el comportamiento y las alternativas de los diferentes agentes sociales; en ese sentido, la propuesta de explorar este y otros fenómenos como parte de la emer-

1 La literatura es amplia en este campo de investigación, entre otros se pueden destacar los trabajos de Sara Lara, María Antonieta Barrón, Emma Lorena Sifuentes y María Eugenia Anguiano, así como aquellos promovidos por el Instituto Nacional Indigenista y el Programa Nacional de Jornaleros Agrícolas.

gencia de una *nueva ruralidad* tiene la virtud de asumir que se trata de procesos socialmente construidos².

En segundo lugar, reconocer el carácter multidimensional de los mercados de trabajo como lugares de encuentro de procesos económicos, sociales y culturales que no pueden ser deducidos unos de otros, ya que tienen una relativa autonomía. Consideramos que para ello es necesario profundizar en los contextos sociales y culturales en los que se producen las relaciones de compra-venta y uso de la fuerza de trabajo, ya que constituyen una fuente de datos indispensable para comprender las características particulares de su conformación y funcionamiento (Sánchez, 1998). Ello invita a incorporar, de manera creativa, marcos conceptuales y criterios analíticos que permitan reconstruir y explicar la forma en que los diferentes agentes económicos participan, al mismo tiempo, de otros campos de interacción que condicionan, en mayor o menor medida, la relación entre oferta y demanda de trabajo.

Ambos requisitos metodológicos están estrechamente relacionados y comparten el interés por evitar el reduccionismo entre niveles y dimensiones analíticas. Una consecuencia lógica de tal perspectiva integradora sería admitir que la presencia de relaciones asimétricas en el medio laboral, no implica que los trabajadores agrícolas sean sujetos pasivos, sometidos unilateralmente a la racionalidad de la economía capitalista.

La preocupación por dar cuenta de las diferentes variables económicas, sociales y culturales que atraviesan el mercado de trabajo rural en México ha sido también señalada por otros investigadores. Por ejemplo, Torres (1994) ha apuntado que dicho mercado laboral no debe ser concebido como un sistema cerrado, controlado únicamente por las empresas y la producción capitalista, sino como un espacio de disputa, donde los trabajadores negocian mejores condiciones laborales (reales y simbólicas) y se apropian de los espacios de trabajo desde su situación particular y diferencias de género, clase y etnicidad. Por su parte, C. De Grammont y Lara Flores (2000) proponen considerar al mercado de trabajo como un «espacio social complejo», lo cual implica analizar la interacción entre oferta y demanda de trabajo desde la dinámica particular con que cada cual opera. Esto supone, por un lado, contemplar las comunidades de procedencia de los trabajadores con sus propias estrategias de acceso a los mercados y, por otro, a las empresas con su propia lógica de administración laboral.

Esta interacción puede ser también vista como resultado de la articulación, vía migración laboral, entre regiones económica y socialmente diferenciadas. Además, cuando esta articulación involucra regiones con población indígena, el factor étnico y las condiciones de contacto cultural de los migrantes con el nicho migratorio –invariablemente dominados por segmentos regionales de la sociedad nacional–, introducen un elemento de complejidad adicional, que merecen ser estudiados.

2 «...Ello supone analizar los mecanismos a través de los cuales las transformaciones y agentes globales inciden directa o indirectamente en los cambios en los ámbitos nacionales y subnacionales; a la vez que se analiza la capacidad que tienen los agentes locales de incidir en estos procesos de transformación tanto en el ámbito local como más allá del mismo». (Llambí, 1996: 91)

En este ánimo, mis comentarios se centran en un estudio de caso: la cosecha del ejote en el oriente de Morelos.³ Cabe aclarar que no se trata, como en otros fenómenos analizados en período reciente, de una migración a gran escala vinculada a empresas agroexportadoras en el noroeste del país y donde hay fuerte presencia de capitales transnacionales. En tales circunstancias, la relación entre una dinámica global y el impacto de las reformas estructurales en sectores agrícolas tradicionales resulta más inmediata de percibir. En cambio, el sistema agrícola analizado, representa aquellas regiones que producen para el mercado interno y con predominio de pequeños y medianos agricultores, que han adoptado estrategias flexibles para participar de los beneficios del cultivo comercial de hortalizas.

Producción del ejote en Morelos y su mercado de trabajo en la cosecha

La comunidad de Tenextepango, en el municipio de Ayala, constituye uno de los centros de operación del sistema de producción comercial de hortalizas en Morelos. Esto se debe a que, por distintas razones, se ha convertido en lugar especializado de compra-venta de trabajo eventual, así como sede de empresas de transporte que conectan a los productores del oriente de Morelos con las redes de comercialización extrarregional. La producción se destina principalmente al mercado interno, por medio de su venta a mayoristas de la Central de Abastos de la Ciudad de México (CEDA-CM).

Como hemos mencionado, en gran medida la actividad hortícola de Morelos se sustenta en pequeños y medianos productores, entre quienes predominan los ejidatarios. La mayoría de éstos trabajan con escaso o nulo financiamiento, tecnología atrasada, altos costos de producción y sometidos a un mercado muy dinámico y monopolizado. Su situación es similar a las condiciones en que producen los jitomateros de los Altos de Morelos (Guzmán, 1991).

El embarque oportuno de sus productos al término de la cosecha es de gran importancia para la obtención de beneficios económicos, ya que no cuentan con los medios e infraestructura para su almacenamiento. El traslado depende de las empresas transportistas ya mencionadas, cuya actividad no incluye la compra o acaparamiento de los productos. Se trata de una docena de empresarios de Hidalgo, Puebla y Guerrero, quienes radican en Tenextepango y operan como representantes locales de grandes bodegueros en la CEDA-CM.

Tan importante como la colocación en el mercado es el empleo de mano de obra barata y eventual. En efecto, la explotación de fuerza de trabajo extrafamiliar a muy bajo costo es un aspecto clave dentro de las estrategias de los productores, que les permite administrar mejor sus limitados recursos.

3 Basados en los resultados de investigación de las tesis de maestría y doctorado en Antropología (Sánchez, 1996 y 2000).

El crecimiento del mercado laboral asociado a la producción de hortalizas de la región, y de Morelos en general, ha favorecido en las últimas décadas la migración temporal y definitiva de población proveniente de regiones deprimidas de Guerrero y Oaxaca. Las formas de organización y contratación de mano de obra varían en función del tipo de cultivo y tareas específicas.

La cosecha de ejote da lugar al mercado estacional más importante de la región. Su volumen asciende de 2500 a 3000 jornaleros agrícolas que llegan a Tenextepango a partir de finales de octubre y hasta que termina la temporada entre marzo y abril. En su mayor parte (80%) son jornaleros temporales originarios de comunidades indígenas nahuas y mixtecas de la región de la Montaña, en el vecino estado de Guerrero (Sánchez, 1996; PRONJAG-Coordinación Estatal Morelos, 1997). Básicamente, se trata de campesinos minifundistas que alternan esta actividad con la agricultura tradicional en sus propias parcelas, de acuerdo a tiempos marcados por el ciclo del maíz de temporal.⁴

La Montaña de Guerrero es una región pluriétnica, dedicada principalmente a las actividades agropecuarias de subsistencia, con un considerable deterioro de sus recursos productivos, lo cual ha llevado a sus habitantes a la recurrente necesidad de migrar para diversificar y complementar sus fuentes de ingreso (Canabal, 2000).⁵

Los patrones característicos de la migración laboral hacia el oriente de Morelos son similares a los que se presentan en otras regiones agrícolas del país: de carácter familiar (todos participan del trabajo asalariado desde niños), con regímenes de trabajo intensivo y salarios deprimidos, carentes de protección legal y servicios sociales. Las condiciones inestables y precarias del empleo se agudizan por el dinámico patrón de demanda propio de la cosecha, donde los momentos de intensa actividad se alternan con otros en que el trabajo escasea.

El trabajo asalariado en Morelos constituye el principal ingreso monetario para la mayoría de estas familias migrantes, cuyo monto puede variar en función de la cantidad de miembros que puedan incorporar a la cosecha, del grado de intensificación del trabajo y continuidad del empleo a lo largo de la temporada. Para algunas familias, dicho ingreso permite subsidiar la actividad en sus propias parcelas, cumplir con compromisos sociales o rituales en su comunidad y hacer gastos *suntuarios*; para otras familias, al menos se trata de mantenerse durante la temporada de «secas». Pero, en todos los casos, la experiencia migratoria en Tenextepango se ha vuelto un

4 La temporada de lluvias, entre junio y octubre, concentra las labores agrícolas en la Montaña, mientras que la de «secas», entre noviembre y mayo, es época de buscar otros ingresos y, por lo mismo, propicia para migrar.

5 Está considerada una de las regiones más pobres y con altos índices de marginación en la entidad —así como a nivel nacional—, todo lo cual ha propiciado que, actualmente, sea una de las zonas más importantes de expulsión de flujos migratorios temporales y definitivos, que se orientan a diferentes ciudades y regiones agrícolas dentro y fuera del país.

componente importante de su reproducción familiar y como miembros de sus respectivas comunidades.

La regulación de la oferta de trabajo descansa en un sistema tradicional de intermediación laboral dominado por los *capitanes*, quienes se desempeñan como enganchadores y capataces. Estos capitanes son, como los transportistas, inmigrantes residentes originarios de Hidalgo, Puebla y Guerrero, pero difieren de aquellos en su trayectoria laboral y capital económico, ya que han emanado de las propias filas de los trabajadores y manejan limitados recursos.

Los capitanes prestan servicios primordiales a los productores: reclutamiento, movilización y retención de la mano de obra necesaria para las cosechas. No menos importante es garantizar la disciplina laboral de las cuadrillas y contener las presiones para el aumento de la tarifa del corte, así como asumir directamente el costo del transporte y vivienda de los trabajadores. De esta manera, el productor puede transferir al sistema de intermediación y a los propios trabajadores, parte de sus costos variables.

Por otra parte, los capitanes tienen estrechos vínculos con los empresarios transportistas que los apoyan en el traslado de las cuadrillas de cortadores, a cambio de que aquellos se comprometan a que el producto cosechado sea transportado por la empresa que lo respalda. La relación entre intermediarios laborales y transportistas se rige por criterios y prácticas para su mutuo beneficio en el mantenimiento y ampliación de sus respectivas clientelas de productores. Es así como se produce, en mayor o menor medida, una relación estable entre productores, transportistas y capitanes.

La integración de los jornaleros agrícolas está, a su vez, mediada por estos intermediarios laborales que controlan el acceso al mercado laboral y proveen de los medios necesarios para que los migrantes se comporten como mano de obra flexible a las necesidades de la cosecha, asegurando la concurrencia anual de éstos cada temporada de corte. En contraposición al carácter impersonal y anónimo de la relación entre productor y jornalero, los vínculos entre capitán y sus cuadrillas son altamente personalizados. El alojamiento, el crédito y otros apoyos significativos para los migrantes son los recursos que los intermediarios utilizan para mantener la lealtad de sus trabajadores, reforzados por lazos de amistad, parentesco y paisanaje entre éstos y los capitanes o sus ayudantes (apuntadores y envasadores).

Bajo estas circunstancias, la presencia de un sistema de intermediación laboral ha resuelto diferentes problemas propios de este mercado laboral estacional y se ha vuelto un aspecto estructural del conjunto de las relaciones sociales en este contexto, favoreciendo el intercambio de bienes y servicios entre tres grupos fundamentales: productores, jornaleros agrícolas y empresarios transportistas.⁶

6 Las características propias de estos intermediarios y su papel estratégico en los espacios de mediación que este sistema genera han sido el objetivo principal de investigación en la tesis doctoral ya citada (Sánchez, 2000).

Acerca del campo social y sus coordenadas

Si consideramos que este conjunto de intercambios económicos y el entramado social que le da soporte constituyen un sistema de relaciones objetivas, más o menos delimitado (o discreto), podemos retomar la noción de campo propuesta por Pierre Bourdieu (1990, 1991) para explorar algunas de sus propiedades.⁷

En este sentido, hay que tener presente que este microcosmos social implica la convergencia de grupos sociales distintos cuya interacción no siempre ocurre en el mismo tiempo y lugar. Es decir, planteamos que el espacio privilegiado de anclaje del campo en cuestión está en Tenextepango, pero que la distribución de las diferentes clases de recursos y poder involucra a individuos e instituciones localizados fuera de él, sea en los circuitos del mercado nacional de productos frescos o en las comunidades proveedoras de mano de obra.

Ahora bien, desde la óptica sociocultural, los lugares ocupados por los diferentes agentes económicos vinculados con la producción y comercialización de esta hortaliza constituyen, al mismo tiempo, posiciones diferenciadas entre, por un lado, mestizos e indígenas y, por otro, entre nativos, inmigrantes definitivos y migrantes estacionales.

Entonces, a las relaciones de intercambio económico antes descritas se suman otras variables que también son constituyentes del campo (lugar de origen, condición étnica y migratoria). Esto conduce a que la interacción y los intercambios entre los diferentes protagonistas –las relaciones objetivas de cada posición con las restantes– se manifiesten también como relaciones interculturales jerarquizadas entre mestizos e indígenas y/o entre locales y foráneos, lo cual condiciona su acceso a las ganancias específicas que están en juego dentro del campo.

Por ello, este microcosmos social puede ser visto como un *campo social*, es decir, como un campo pluridimensional de coordenadas (cuyos valores corresponden a las variables pertinentes), más o menos subordinadas al campo de la producción económica (Bourdieu, 1990). En efecto, la diferenciación que deriva del control que ciertos individuos tienen sobre los medios de producción y recursos estratégicos en la economía local y regional, es el principio de división predominante que impera, aunque no de modo exclusivo, en la posición que cada cual tiene en la estructura social, lo cual está representado de manera más visible en su actividad u ocupación. Sin embargo, las imposiciones en la conducta originadas en la identidad étnica y en el hecho de ser o no autóctono, son de gran importancia para entender las múltiples interconexiones entre el ámbito económico, social y cultural.

7 «En términos analíticos, un campo puede definirse como una red o configuración de relaciones objetivas entre posiciones. Estas posiciones difieren objetivamente por su existencia y en las determinaciones que imponen a sus ocupantes, ya sean agentes o instituciones, por su situación (*situs*) actual y potencial en la estructura de distribución de las diferentes especies de poder (o capital) –cuya posesión implica el acceso a las ganancias específicas que están en juego dentro del campo– y, de paso, por sus relaciones objetivas con las demás posiciones (dominación, subordinación, homología, etc.)» (Bourdieu, 1991: 64).

La pertenencia étnica puede ser considerada un segundo principio de división, relativamente independiente, que no puede ser reducido a la condición de clase de cada individuo. Las condiciones económicas, sociales y políticas que aseguran una distribución diferencial de bienes y oportunidades para mestizos e indígenas —y que colocan a los últimos en las posiciones más desventajosas—, no han surgido del propio contexto local, sino que derivan del sistema social inclusivo.

Pero, además, a este criterio de estratificación se añade otro más, referido al lugar de procedencia y la condición migratoria de los individuos, lo cual está representado a nivel local en las categorías de *nativo* o *fuereño*. Es decir, no es lo mismo ser mestizo de Puebla que originario de Morelos; no es lo mismo ser indígena residente que migrante temporal, y así por el estilo. De allí que las relaciones, los intereses y las actitudes de cada sujeto social hacia sus pares y frente a los demás se encuentren condicionadas por el carácter múltiple y yuxtapuesto de las diferentes dimensiones constituyentes del campo. Sin ahondar en las múltiples formas en que opera la superposición de campos relativamente autónomos, algunos ejemplos pueden permitirnos ilustrar la manera en que la interacción entre individuos y grupos que participan en este microcosmos social, constituye un espacio complejo de relaciones de diversa índole (económica, social, cultural y simbólica) que determinan las acciones, expectativas y posibles trayectorias de cada integrante.

En primer término, los ejidatarios reivindican para sí su condición de *nativos*, como un derecho inalienable de acceso potencial a determinados bienes y privilegios (v. gr. tierra ejidal, agua), que se respalda en su pertenencia a diferentes instituciones de la comunidad local (cargos públicos, Asamblea Ejidal, mayordomías, etc.). Sin embargo, para un sector importante de los productores agrícolas, su vulnerabilidad como pequeños empresarios hace que la prerrogativa de ser autóctonos no se corresponda con posiciones de riqueza y prosperidad. Éstas, en cambio, son posiciones ocupadas por los empresarios transportistas y los bodegueros que viven en Tenextepango, quienes son inmigrantes mestizos, en su gran mayoría.⁸

En contraste, la posición de los migrantes estacionales es la más baja en todas las coordenadas de este campo social. Los «ejoteros» no son simplemente un grupo de campesinos pobres y último peldaño en la escala ocupacional de los trabajadores agrícolas, sino que, además, son marginales dada su condición cultural y foránea.

Interdependencia e intercambio desigual

Siguiendo el modelo teórico propuesto, esta estructura o red de posiciones, expresa relaciones de fuerza entre agentes o instituciones en la lucha por la consecución de

8 Estos dueños de oficinas y comerciantes tienen ingresos que superan en mucho al de la mayoría de los ejidatarios, lo cual se expresa no sólo en la posesión de ciertos bienes, sino también en sus patrones de consumo (camiones, vehículos de uso personal, casas de dos pisos, por ejemplo).

sus intereses específicos y de dominio del campo. Para aquellos que no tienen posibilidad (real o virtual) de disputar la hegemonía del mismo, dadas las limitaciones o escasez del valor relativo del poder que disponen, no significa que carezcan de motivaciones para participar y negociar su acceso a los beneficios económicos del campo.

Por ejemplo, como ya se ha mencionado en diversas ocasiones, la condición subordinada de la agricultura local a la dinámica del mercado nacional de bienes primarios y de los insumos agrícolas, impone limitados márgenes de ganancia a los productores hortícolas, en especial a los ejidatarios. El reconocimiento de su condición desventajosa lleva a los productores a buscar estrategias flexibles de producción y manejo de la tierra para tratar de obtener las ventajas comerciales de la actividad hortícola.⁹

Por otra parte, tales estrategias no serían eficaces si los productores no contaran con la posibilidad de contratar fuerza de trabajo eventual de muy bajo costo.¹⁰ De ahí que requieren constreñir el salario de los cortadores al máximo posible para compensar el aumento de los restantes factores de producción (insumos, financiamiento, transporte y colocación en el mercado), sobre los cuales no pueden incidir.¹¹ Esta situación mantiene una hostilidad latente entre productores y jornaleros, que se expresa en conflictos abiertos al inicio de cada temporada de cosecha. La vulnerabilidad económico-social de los peones agrícolas y su control, a través de los intermediarios, ha permitido hasta el momento conjurar formas articuladas de enfrentamiento y presión de los trabajadores contra sus empleadores.

No obstante su reducido margen de negociación, los jornaleros migrantes han buscado apropiarse de sus espacios de trabajo y reducir el costo social de su condición marginal; estas posibilidades pasan, principalmente, por el carácter clientelar de su relación con el intermediario. Por ejemplo, con frecuencia los jornaleros comportan alta movilidad entre cuadrillas con el fin de buscar continuidad en el empleo. Estas prácticas de autorreclutamiento son consentidas por los capitanes pues las fluc-

9 Expresión de estas estrategias es la combinación y rotación de diferentes clases de hortalizas, la renta de la tierra por ciclos, la compra de cosechas por adelantado, entre otras. Las diferentes opciones dependen de varios factores, tales como, extensión de las parcelas, disponibilidad de capital propio o crédito, eventuales fuentes alternativas de ingreso no agrícola, composición y características de la mano de obra familiar, etc. Por su parte, Elsa Guzmán señala, en relación a los productores jitomateros de Morelos, que: «El campesino sabe que si no tiene en sus manos el control de ciertos recursos como es la venta de insumos, el manejo óptimo de las plagas, los precios del mercado, utiliza como arma propia la estructuración de estrategias que lo garantizan la reproducción, a través de la práctica de subsistencia, autoconsumo y venta en pequeña escala, que le permiten mantener un lugar en el mercado y aspirar a ciertos niveles de acumulación». (Guzmán, *op.cit.*: 137)

10 Para dar cabal sentido a esta afirmación vale mencionar que el pago a destajo se fija en alrededor de 5 centavos de dólar por kilo de ejotes cosechado.

11 Elsa Guzmán también subraya que paralelo a la especialización y la diversificación de actividades, el elemento que permite mitigar la inseguridad de los productores de los Allos de Morelos pasa por la explotación de los jornaleros migrantes. (Guzmán, *op.cit.*: 117)

tuaciones en la demanda hacen de éste un mecanismo de regulación de la oferta de trabajadores y porque, de cualquier forma, sería muy difícil que cada capitán ofreciera pleno empleo a sus trabajadores toda la temporada. Para las familias migrantes esta prerrogativa de ingreso y salida de las cuadrillas, se extiende también al derecho de ir al pueblo y regresar sin temor a perder su lugar en el mercado de trabajo, cuestión altamente valorada por los trabajadores. También los jornaleros han logrado grados de autonomía para distribuir y asignar las cargas de trabajo dentro de las cuadrillas y unidades familiares, en virtud de un régimen de administración laboral en el que los capitantes han aprendido a hacer concesiones a cambio de garantizar la productividad general de sus cuadrillas y su adhesión.

Entonces, si la vulnerabilidad social de los indígenas migrantes permite la desvalorización de su trabajo, también es cierto que, en este contexto de desigualdades, los jornaleros cuentan con diferentes recursos para disputar cierta independencia en su inserción y organización en el trabajo. Cada capitán sabe que su reputación frente a los trabajadores depende, no sólo de tener buenos clientes y cumplir con el pago semanal, sino además de respetar las costumbres y decisiones que hacen a la vida cotidiana de las familias migrantes.

Mención especial merece la complicidad tácita de los capitanes en el robo de ejotes por los cortadores. Esta extendida práctica es promovida por compradores «clandestinos» que pagan un precio muy superior al que fijan los productores por kilo de ejote cosechado, y luego lo revenden directamente a la CEDA-CM. Esta práctica constituye, al igual que otras, formas de impugnación de la hegemonía bajo medios menos beligerantes (Scott, 1990). Asimismo, reflejan una faceta de la constante negociación de intereses opuestos entre empleadores y jornaleros que sirve, de paso, para reproducir el papel conciliador de los intermediarios. Este tipo de tensiones se presentan en un marco dominado por la estrecha interdependencia de los distintos grupos sociales involucrados.

Es decir, en este microcosmos social se genera una cantidad de intereses comunes, condensados en el éxito de la cosecha y la venta del producto, que a su vez se traduce en una complicidad objetiva que subyace a todos los antagonismos. Esta propiedad poco visible de todo campo (Bourdieu, 1990) genera un grado de cohesión entre grupos diferenciados y hace que cualquier protesta se mantenga dentro de los límites que no pongan en riesgo esos acuerdos tácitos comunes. Ello implica necesariamente amortiguar el roce entre intereses específicos, refrendando la necesaria adhesión a las reglas del juego en su conjunto.

Las relaciones interétnicas en Tenextepango

Si en términos de Pierre Bourdieu nos encontramos frente a la presencia de un *campo social*, habría que precisar que en su dimensión cultural, dicho campo está permeado por una dinámica particular de relaciones interétnicas, que podría ser

definida como una situación de contacto de carácter asimétrico (Cardoso de Oliveira *op.cit.*).¹²

En tales circunstancias, los nativos (y los demás grupos mestizos no autóctonos) se presentan como segmentos regionales de la sociedad nacional dominante, mientras que los miembros de grupos indígenas (nahuas y mixtecos) son parte de una minoría subordinada. El comportamiento y las representaciones de unos y otros no solo refuerzan los límites sociales y las barreras culturales que reproducen su carácter diferenciado como unidades distintivas, sino que también implica desiguales oportunidades de acceso a los recursos y restricciones respecto a los tipos de función que un individuo puede desempeñar.

La situación se torna más compleja si consideramos que las categorías de indios y mestizos no representan grupos culturalmente homogéneos. Por razones de espacio no ahondaremos sobre este punto, pero vale advertir que esta heterogeneidad influye en las relaciones cotidianas y en sus formas de representación. Sobre todo en el caso de los indígenas hay diferencias objetivas y supuestas entre nahuas y mixtecos que, con frecuencia, son utilizadas por los otros grupos mestizos para fomentar la división entre los trabajadores. Pero más allá de estas consideraciones, el conjunto de las relaciones interétnicas en Tenextepango se presentan como una dicotomía generalizante entre la comunidad local mestiza y los migrantes indígenas estacionales.

Esta situación se polariza en temporada de cosecha, donde las barreras interpuestas por la comunidad «anfitriona» para la integración de los jornaleros migrantes se manifiesta en variados prejuicios. Su presencia es vista como un «mal necesario» (porque sin ellos no se realizarían las cosechas), que impone la convivencia obligada con indios «sucios», «incivilizados» y «fuereños».¹³

Sin embargo, su presencia no es tan abrumadora como pareciera serlo para la población local, ya que los ejoteros se encuentran la mayor parte del tiempo trabajando en el campo o descansando en sus viviendas.

La convivencia e interacción de las familias jornaleras estacionales rara vez involucra a productores y habitantes locales, sus vínculos son con los intermediarios, la cuadrilla y personal de las empresas transportistas. Las redes de relaciones parentales y de paisanaje entre migrantes, con frecuencia se mantienen dentro de estos mismos espacios sociales dentro y fuera de los surcos.

12 Dicha situación ha sido el resultado histórico de la articulación regional, via migración laboral, de comunidades indígenas de subsistencia de la Montaña de Guerrero con el área hortícola de Cuautla, a partir de la cual una parte de ese flujo migratorio se ha establecido en forma permanente en la sociedad receptora, mientras que la mayoría continúa participando de un patrón de migración pendular.

13 *Esa gente flotante ... nosotros les tenemos no consideración, sino mucho cuidado, porque es la portadora de enfermedades: dengue, cólera... Porque la gente de aquí de Tenextepango nunca se enferma porque tiene mucho cuidado para la higiene: sus alimentos, su persona, su casa, está todo en orden. Ellos [los migrantes] no, ellos toman agua de los apanceles, contaminados, no tienen cuidado. En Tenex hay 4 o 5 casos de cólera, pero si usted se fija no son de Tenex, son de esa gente que viene de fuera.* (Comisariado Ejidal de Tenextepango, diciembre de 1997; testimonio citado en la tesis doctoral, Sánchez, 2000)

Por todo ello, no es de extrañar que el «encapsulamiento» sea una característica central de las estrategias adaptativas de los migrantes. Así, contraponen también barreras lingüísticas y culturales frente a un medio hostil. Ello no sólo contribuye a reforzar la cohesión y solidaridad intrafamiliar e intergrupala de los migrantes, sino que también lleva a delegar en cada intermediario laboral un papel de intérprete y gestor de sus necesidades inmediatas.

En síntesis, las condiciones de participación de los jornaleros migrantes en el mercado de trabajo de la cosecha e interacción en la comunidad de destino están sobredeterminadas por el carácter interétnico de las relaciones que se establecen, que son propias de una situación de contacto asimétrico ligado a un sistema de dominación-sujeción más amplio. Ello facilita y legitima el poder que ejerce el pequeño productor mestizo sobre el indígena para sobreexplotar su fuerza de trabajo, una de cuyas expresiones directas es la determinación unilateral de las tarifas de corte por la Asamblea Ejidal.

Comentarios finales

La riqueza generada por la explotación hortícola no se ha traducido, sin embargo, en un crecimiento económico significativo para la mayoría de los productores del oriente de Morelos. Los ejidatarios y pequeños propietarios dedicados a cultivos comerciales como el ejote, viven en la permanente incertidumbre sobre la posibilidad de obtener beneficios o, al menos, costear sin pérdidas la inversión realizada en cada ciclo con la esperanza de lograr algo más en el siguiente. El aumento del costo de semillas y agroquímicos, de las tarifas de transporte y comisiones para colocarse en el mercado han impuesto mayores sacrificios a los productores, favoreciendo el desarrollo del rentismo y del crédito usurero.

No sobra decir que, quienes concentran las ganancias son los grandes comerciantes de la CEDA-CM, cuyo poder económico les permite comprar, almacenar y distribuir la producción agrícola de manera monopólica dentro del mercado urbano y nacional. El acaparamiento en pocas manos de la producción de muchos pequeños y medianos agricultores les permite imponer las condiciones del intercambio y controlar, de manera indirecta, la economía hortícola regional.

En el extremo opuesto, los trabajadores agrícolas y en particular los jornaleros migrantes estacionales, conforman el sector más desfavorecido del sistema. Aunque el ingreso que perciben sea mínimo, éste es crítico para complementar el déficit de la economía familiar y preservar su condición campesina. Por ello, la migración estacional a Tenextepango ha sido un elemento decisivo en las estrategias de sobrevivencia y reproducción social de un sector significativo de indígenas de la Montaña de Guerrero. Las familias que migran a Morelos planifican sus actividades y distribuyen sus recursos de modo tal que les permita ausentarse de sus comunidades, dar continuidad a la agricultura maicera tradicional y ajustarse a las condiciones del nicho migratorio.

La cosecha de ejotes representa, frente a otros mercados de trabajo estacional alternativos, la ventaja de permitir la circulación de los migrantes desde sus comunidades hacia la zona de atracción con un costo menor relativo. También los jornaleros perciben como ventajoso la menor rigidez de los criterios de administración laboral a cargo de los capitanes, en contraste con los sistemas de trabajo acostumbrados en campos agrícolas de grandes empresarios en otras regiones agrícolas del país.

Ahora bien, dado que para ingresar al mercado de trabajo estos jornaleros dependen de un sistema de intermediación que ha generado un fuerte vínculo de patronazgo, las oportunidades de mejorar las condiciones de vida y de trabajo son percibidas como recompensas a la disciplina laboral y a la lealtad personal hacia el capitán, más que a un esfuerzo por conquistar una participación equitativa en el sistema.

En síntesis, nos enfrentamos a un contexto en el que la articulación de una región campesina de subsistencia con otra región de mayor desarrollo relativo dedicada al cultivo comercial de hortalizas, se manifiesta como un proceso de intercambio asimétrico entre racionalidades económicas distintas, pero en estrecha interdependencia. Tal diferencia, y la distancia cultural que las separa, expresa también el roce y ajuste entre lógicas de reproducción social contrastantes.

A lo largo de este trabajo se ha tratado de mostrar la pertinencia de considerar el carácter interétnico de la relación entre locales y foráneos, que es la misma que entre empleadores y jornaleros agrícolas, como un factor determinante en las interacciones sociales y en las formas en que se reproducen las relaciones de intercambio en este tipo de ámbitos laborales. Esta red de posiciones objetivas se rigen por principios que anteceden a la configuración de este campo particular y que, bajo la presión de las reformas estructurales a nivel nacional y sectorial, reducen los márgenes de negociación entre los principales grupos sociales involucrados: pequeños y medianos productores comerciales, jornaleros, intermediarios laborales y transportistas. Estos últimos, sin embargo, están más ligados al ámbito extrarregional y cuentan con mayores recursos para romper con los compromisos que hasta ahora han dado cierta estabilidad a su relación con productores e intermediarios.

La transformación de los sistemas agrícolas y su relación con el mercado nacional de productos frescos e insumos agrícolas ha venido ya impactando fuertemente en los productores locales. La renta de tierras por parte de una emergente burguesía rural que maneja con flexibilidad diversos cultivos hortícolas, puede ser una tendencia que a la larga modifique radicalmente las condiciones en que se han venido dando los intercambios (económicos, sociales y simbólicos) entre empleadores y empleados, entre ejidatarios y jornaleros estacionales, o bien, entre mestizos e indígenas.

Las características particulares de la cosecha del ejote en Morelos podrían asemejarse a otros mercados de trabajo estacional en México y América Latina, que constituyen zonas de atracción de jornaleros migrantes y en las que operan sistemas de intermediación tradicional de diversa índole.

Las diferencias en el tipo de unidades de producción, características de las empresas y los empresarios, grado de autonomía respecto a los canales de comercialización y de los propios intermediarios laborales, recursos culturales y organizativos de los grupos étnicos implicados, por mencionar sólo algunos factores, tendrán consecuencias directas en la forma como se distribuye el poder entre las diferentes posiciones y los márgenes de negociación que aquí hemos esbozado.

Finalmente, hemos tratado de subrayar que el análisis de la dimensión social y cultural de los mercados de trabajo con presencia significativa de mano de obra indígena constituyen un objeto de estudio privilegiado para construir enfoques alternativos sobre las actuales transformaciones del medio rural. Al mismo tiempo, hemos sugerido que tales contextos propician la actualización de viejas relaciones y prácticas de sujeción y discriminación sobre la población indígena, así como de recreación de mecanismos y estrategias para resistir a la dominación. Estos son algunos de los procesos significativos que se incorporan a los escenarios de una nueva ruralidad.

BIBLIOGRAFÍA

BOURDIEU, Pierre

1990 «Acerca de las propiedades de los campos», en P. Bourdieu: *Sociología y Cultura*. México, CNCA/Grijalvo.

1991 *El sentido práctico*. Madrid, Taurus.

C. DE GRAMMONT, Hubert y Sara María LARA FLORES

2000 «Nuevos enfoques para el estudio del mercado de trabajo rural en México», en *Cuadernos Agrarios* N° 19-20, México.

CANABAL, Beatriz

2000 «Migración desde una región de expulsión: la Montaña de Guerrero», en *Cuadernos Agrarios* N° 19-20, México.

CARDOSO DE OLIVEIRA, Roberto

1992 *Etnicidad y estructura social*. México, CIESAS.

COPLADEG

1999 *Programa de Desarrollo de la Región de la Montaña de Guerrero, 1994-1999*. México, Gobierno del Estado de Guerrero.

GUZMÁN GÓMEZ, Elsa

1991 *Persistencia y cambio: los campesinos jitomateros de Morelos*. México, Universidad Autónoma Metropolitana, Tesis de Maestría en Desarrollo Rural.

LLAMBÍ, Luis

1996 «Globalización y nueva ruralidad en América Latina», en Lara Flores, Chauvet (coordinadores) *La inserción de la agricultura mexicana en la economía mundial*. México, Plaza y Valdes Editores.

PRONJAG, Coordinación Estatal Morelos

1997 *Módulo de atención para cortadores de ejote de la región de Cd. Ayala, Morelos*. México, SEDESOL.

RUBIO, Miguel Ángel, Saúl MILLÁN y Javier GUTIÉRREZ (coordinadores)

2000 *La migración indígena en México. Estado del desarrollo económico y social de los pueblos indígenas de México*. México, INI.

SANCHEZ SALDAÑA, Kim

1996 *Migración de la Montaña de Guerrero: el caso de los jornaleros estacionales en Tenextepango, Morelos*. México, ENAH, Tesis de Maestría en Antropología Social.

1998 *Intermediarios y mercado rural en Tenextepango, Morelos*. Querétaro, Congreso Nacional. Políticas de ajuste estructural en el campo mexicano, efectos y respuestas (ponencia).

2000 *Los capitanes de Tenextepango, un estudio sobre intermediación social.* México, ENAH, Tesis de Doctorado en Antropología.

SCOTT, C. James

1985 *Weapons of the weak: every day peasants forms of resistance.* Londres, Yale University Press.

TORRES, Gabriel

1994 *La fuerza de la ironía. Un estudio del poder en la vida cotidiana de los trabajadores tomateros en el Occidente de México.* Holanda, Universidad Agrícola de Wageningen, Tesis de Maestría.